

CLXXII

tantes y calmantes exteriores. El conocimiento bien neto, bien preciso y bien fecundado de todas estas verdades, es el que ha de influir en la mejora de la educacion y de la legislacion.

Conclusion.

POR fin hemos podido hablar de frenologia, y de tal modo, que la violencia que experimentábamos para emprenderlo, la hemos padecido en sentido contrario una vez entrados en materia, á pesar de que los males públicos cuya consideracion nos distraía al principio, han crecido de punto en los pocos dias que hemos empleado en este trabajo. ¡Cuán mesquinas parecen las disputas políticas, cuán sórdidos los intereses y despreciables las ambiciones que las suscitan, cuando el espíritu se remonta á la meditacion de las verdades de las ciencias! Por mas indulgentes que sean los lectores de esta obra, sea que por la primera vez oigan hablar de frenologia, sea que estén versados mas ó menos en ella, no podrán dejar de inculparla de tratar muy por encima cuestiones de un orden elevado; nadie lo reconoce mas que

CLXXIII

yo, y esta es la violencia que he sentido al escribirla. Desprendido el ánimo de las afecciones políticas y engolfado en esas cuestiones, las ideas se atropellaban, poniéndolo en el aprieto de desairar á muchas, de escoger entre otras, y de no desenvolver suficientemente las escogidas, á la manera que un ministro de hacienda en un pais donde no la hubiese, y á quien persiguiera un enjambre de acreedores, no podria contentar á todos, aunque hay la diferencia de que mi espíritu no ha tratado á las ideas como suelen los drogueros á los infelices cuando tienen el poder, y que el embarazo resulta en un caso de lo ecshausto, y en el otro de la abundancia del tesoro. Pero por eso mismo se debe tener presente que era imposible tratarlo todo *profamotiori*, y al fin no haria mas que repetir en la mayor parte lo que se encontrará mejor tratado en las grandes obras, tanto del creador de la ciencia, como de ilustres sabios partidarios suyos. Mi objeto al anunciar esas cuestiones con que se encadena la frenologia, no ha sido otro que despertar la idea sobre la necesidad de versarse en esas

CLXXIV

obras y en la práctica de la organología. Visto así el propósito en este discurso, basta lo que se ha dicho en él, para comprender que la ciencia de que se trata ecsige meditaciones muy profundas, como que en ello va lo que somos en esta vida y lo que seremos cuando ésta nos abandone.

Se ve por lo espuesto que la ciencia de que hemos tratado, está toda reducida á la observacion y á la induccion. Es una cosa sabida en fisiología que el ejercicio de un órgano, cualquiera que sea, aumenta su fuerza y volumen: lo es igualmente que las capas huesosas que cubren los órganos, se amoldan al estado en que estos se hallan, tanto en el hombre enfermo como en el sano, á términos que cuando se debilita un pulmon, se hunde la costilla. Esta ley general en todas las partes del cuerpo, dicen los frenologistas que comprende á las funciones orgánicas de la cabeza: que la observacion ha comprobado que ecsiste una relacion entre el predominio de una facultad moral y un desarrollo en volumen de una de parte siempre la misma y determinada del cerebro, visible en la superfi-

CLXXV

cie del craneo: que esto prueba no solo que esa entraña no está destinada, como se creyó algun tiempo, á darle peso á la cabeza, sino que tiene distintos destinos en sus diversas regiones. Estos principios no admiten ya duda; ahora queda á los sabios sacar de ellos todas las consecuencias á que les conduzcan sus observaciones: es un campo tan fertil como inmenso, ofreciendo opimos frutos al que lo cultive. Por tanto, si en nuestro establecimiento de ciencias médicas, no se quiere parar á mitad de la carrera; si se va adelante en el estudio de la fisiología del cerebro; si se hacen observaciones, señaladamente á la cabecera de los enfermos sobre la perturbacion de las funciones mentales á consecuencia de lesiones cerebrales, por necesidad se vendrá á parar en el sistema frenológico de Gall, y se convendrá en la importancia de establecer una cátedra especial para esta ciencia, ó de enseñarla en la de fisiología. * Este ha sido el objeto de esta

* El actual profesor de esta cátedra en el *Establecimiento de Ciencias Médicas*, encontrará en la conformacion de su frente motivos de apreciar la frenología y de estar agradecido á la naturaleza.

CLXXVI

obra. Que se comience una vez, que ya despues la cosa andará por sí misma.

En el estudio de cualquiera ciencia, y mucho mas en aquellas que tocan de mas cerca los intereses personales, á nadie le gusta quedarse en el camino, porque á proporcion que se adelanta en el estudio, se le va tomando mas gusto, y cada verdad que se descubre, ó cada resultado que se obtiene de las que se han aprendido, lo va haciendo mas interesante. Al principio solo siente el lector lo grato de la novedad: pícale la curiosidad en seguida, y su primera operacion es coger su tabla en una mano y llevarse la otra á la cabeza. Si no encuentra un chichon en donde va á buscar el signo del ingenio ó de una cualidad superior, allí terminó su estudio, riéndose de un sistema embustero y charlatan, sin reflexionar que si lo estudiase algo mas, ese sistema le explicaria que el desprecio que de él hace, no es hijo de su convencimiento, sino de su amor propio. Si al contrario, su mano encuentra lo que buscaba, su órgano de la *estimacion de sí mismo*, vale por todos los argumentos, y puede el sistema contar con un sectario fanáti-

CLXXVII

co, pero cuyo celo imprudente y desnudo de los conocimientos necesarios, será mas perjudicial á su crédito que sus enemigos declarados, porque estos entrando en ecsámen, se convertirán por sí mismos, en tanto que aquellos pseudo-frenologistas espondrán la doctrina á cada paso, y harán caer sobre ella el desconcepto que no merecen mas que sus ignorantes apóstoles. Un hombre sensato no será tan ligero, y si alguna vez en su vida se ha ocupado de desear saber lo que es y cómo es, apreciará el estudio sério de una doctrina que se lo puede revelar. El medio de que me he valido hablando algo, aunque poco, de todos los ramos de la ciencia del espíritu, hará que á la segunda ó tercera lectura de esta obra, se conozca la necesidad de imponerse en otras: sobre ella se harán reflexiones propias; de ahí se pasará á esperimentos. A proporcion que entre en las meditaciones y en las observaciones prácticas, notará el hombre circunspecto cuanto cambia él mismo á sus ojos y el mundo que lo rodea. Rectificará sus ideas en muchos puntos: arreglará su conducta, teniendo en su ma-

CLXXVIII

no el conocimiento de los resortes que la determinan, á la manera que un mecánico sabe por menor el modo de arreglar los movimientos de una complicada máquina: sabrá por qué principios habia tomado el mismo tal ó tal direccion que creía resultado de otros: conocerá los medios de enfrenar sus instintos animales, y de dar á su moralidad y á su inteligencia, á sus cualidades superiores de hombre, todo el ensanche posible, hasta donde alcancen sus fuerzas orgánicas: arreglará sus relaciones exteriores, en términos que lejos de dejarse dominar ó engañar por los sugetos con quienes trata, sea él el que las haga obrar en ciertos casos en el sentido que le convenga, mirando en su cabeza con los ojos de su cuerpo y en sus acciones con los de su observacion. No se dejará alucinar de las exterioridades en un individuo que no vale nada por sí: verá que cuanto menos inteligencia y cualidades superiores tenga un hombre vulgar, tanta mas necesidad tiene de apelar á los medios que estan en su mano, tales como el de dar solemnidad á sus palabras y tono á su semblante, con una miserable afecta-

CLXXIX

cion de importancia, que está revelando la pobreza de su espíritu. En vano se empeñará el hombre nulo ó vicioso en cubrir su desnudez de cualidades, ó en dar brillo á sus ideas mesquinas con el ropage de sus hopalandas, ó con el bordado de sus insignias; no impondrá respeto al frenologista que en su interior estará mirando con lástima ó con desprecio á un hombre vacío, ó á un miserable adulador, sin elevacion de alma y capaz de toda bajeza con aquellos sobre quienes puede á mansalva ostentar su poder, humilde con los soberbios, y soberbio con los humildes. El frenologista verá que cuanto mas carece un hombre de inteligencia ó de instruccion, tanto mas delicado y vano es en su amor propio, tanto mas se ofende de la menor observacion que otro se permita en su presencia, tanto mas celoso es de su autoridad si se halla en el poder: oirá al particular instruido y muy superior á él, con un cierto aire de proteccion, para que ni su modo de escuchar aje su dignidad. Quanto mas nulo es, tanto mas temerá degradarse en consultar ni aun en admitir ideas ajenas. Al revés, el verdade-

*

CLXXX

ro mérito, sea en los órganos de la region inferior de la frente en que se hallan las facultades intelectuales perceptivas, sea en la region del medio de la frente en que se hallan las reflectivas, sea en las superiores parietales, en donde están los sentimientos elevados, siempre se verá acompañado de un desarrollo proporcional en la region frontal superior, es decir, de la bondad. La autoridad en un hombre superior es protectora y afable; es ominosa ó contentible en un hombre comun.

Con una mediana versacion en frenología se rectifican los errores que padecen algunos liberales sin filosofia en sus nociones sobre la igualdad. La igualdad ante la ley, es un absurdo. Sentenciar sin mirar mas que lo escrito y las acciones, es dar palos de ciego. La naturaleza no reconoce la calidad feudal de las condiciones, pues que suele dar sentimientos elevados en la clase infeliz, y á cada paso somos víctimas de los sentimientos de canalla en la clase que el mundo llama gente decente; pero establece una desigualdad infinita en las razas y en las individualidades. Ella ha clasifi-

CLXXXI

cado la calidad de los hombres como la de los melones, haciendo á unos buenos y á otros malos, á unos inteligentes, y torpes á otros, á unos dotándolos de cualidades nobles y generosas, enviliendo á otros con organizaciones animales y pasiones plebeyas, haciendo en fin superiores unos á otros: es una aristócrata la naturaleza.

En la balanza de la verdadera justicia ha de resultar la igualdad de la combinacion de todas las circunstancias. No hay igualdad cuando por una misma accion se aplica una misma pena afflictiva ó infamante á reos de distinto temperamento fisico, de distinto temple de alma, de distinto lugar en la sociedad. Si á virtud de una ley que castiga un delito con trabajos públicos, salen al grillete por las calles un sugeto de ciertos principios finos, ó de cierta distincion en la sociedad, ó delicado en su sistema muscular, y un atleta, acostumbrado á una vida ruda, ó á quien nadie conoce, no hay verdadera igualdad, pues que evidentemente el primero resulta mas castigado. ¿Cuántos hay que sufririan de preferencia diez años en un

CLXXXII

presidio, donde pudiesen ocultar su delito y su existencia, por no salir en público un solo día! En ciertas personas es menos dura la pena que el haberla merecido. *Poenam quam méruisse minus.*

— Pero esta frenología que exige la consideración en las diferencias de las individualidades, que establece la aristocracia de las aptitudes y de los talentos, de la instrucción y de los sentimientos nobles y elevados, es uno de los fundamentos más sólidos de la libertad y de los derechos sociales. Ella enseña que la sociedad humana no es un amontonamiento casual de unidades, sino una ley de la naturaleza, la cual dió al cerebro de todos los hombres un órgano que los impulsa á necesitarse, buscarse y servirse: marcó la superioridad de la especie respecto de las otras especies animales con una organización moral é intelectual propia suya, y puso por condición indispensable para el goce de este privilegio, la de vivir en sociedad, porque todas las funciones que llevan aquel carácter, no pueden tener lugar sino en la vida de relación. Todos los órganos que distinguen el cerebro hu-

CLXXXIII

mano del de las demás especies, y particularmente el de la educabilidad, están probando que las intenciones del Creador destinaron al hombre á la sociedad, como á los peces á vivir en el agua y á las aves en los aires. La frenología enseña que es otra ley de la naturaleza la de la independencia individual, y que al reunirse los hombres en sociedad, todos tienen iguales derechos de libre albedrío, pues que si hay desigualdades entre los individuos, no ha sido para que el fuerte se cebe en el débil, ni descarríe al ciego el que ve claro, sino para que los unos se ilustren y encuentren apoyo en los otros, salvo siempre el derecho y la libertad del necio como la del sábio: que esas desigualdades no importan autoridad, ni dominio de los unos sobre los otros, y que es otra ley de la naturaleza y voluntad del Creador, que los arreglos sociales sean el resultado del concurso de la voluntad de todos. Infiérese de aquí que para que esos arreglos sociales sean firmes y duraderos, deben cimentarse en las leyes de la naturaleza, y que si ésta marcó la especie con los dotes intelectuales, no se puede de otro mo-

CLXXXIV

do gobernar á los hombres que dirigiendo la legislación al reinado de la moralidad y de la inteligencia: que ninguno de sus individuos, investido de autoridad por los otros, tiene derecho de despojarles de su libertad para obrar, para pensar, para servirse de todos aquellos medios de independencia en sus acciones y en sus ideas, á que pueda alcanzar la fecundidad que le tocó de entendimiento, sin que tenga este derecho mas limite que aquel en que comience el igual de otro individuo: que el poder social no debe apoyarse en la fuerza fisica, la cual á pesar de su aparato y del estruendo de sus cañones, es tan efimera como el humo de sus fuegos, y tarde ó temprano tiene que sucumbir á la de la inteligencia. Querer enfrenar esta para servir intereses personales á espensas de los derechos naturales, es tan inútil y tan peligroso como pretender poner diques al torrente que se precipita de la montaña: podrá contenerse por algun tiempo; pero él engrosará, saldrá de madre, romperá los diques y envolverá en su caída al imprudente que no supo dirigir las aguas y regar sus campos con

CLXXXV

ellas. Querer gobernar al hombre como al bruto, ofender su dignidad, atacar su inteligencia, es luchar con la naturaleza, es desafiar á los cielos para caer herido por el rayo.

No hay pues tiranos con la frenologia: propagada por sus apóstoles, que lo serán cuantos quieran estudiarla, llevará un dia hasta los confines de la tierra la libertad apoyada en sus principios: desterrará las tinieblas, á cuyo abrigo los déspotas y los errores mantienen todavía esclavizados á los hombres, y redimirá al mundo de su degradacion, volviéndole á su ser primitivo, á toda su independencia y dignidad. No hay revolucionarios tan temibles como las ciencias: la frenologia tendrá el honor de justificarlo á su tiempo, y el que esto escribe seria feliz si con este pequeño trabajo, fecundado por la estudiosa juventud mexicana, pudiese pagar á su patria el contingente que todos le debemos de cuanto podemos y cuanto valemos, para afianzar en ella la civilizacion y la libertad.